

81010AS01A01

ACTAS DEL IV CENTENARIO
DEL NACIMIENTO
DE DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA



Actas y Congresos

Manuel Abad Varela

U N E D
EDICIONES

La naturaleza en la obra de Calderón

Actas del IV Centenario del Nacimiento de Don Pedro Calderón de la Barca.
Manuel Abad Varela, ed. Madrid: Universidad de Educación a Distancia, 2004; 371-386.

Pedro García Barreno

El doce de febrero de 1881, la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales abría un concurso extraordinario para conmemorar el Bicentenario de la muerte de D. Pedro Calderón de la Barca. El Tema del Concurso decía: “*Concepto de la naturaleza y de sus leyes que de las obras de Calderon resulta, como expresion del estado que en aquella época alcanzaban los conocimientos científicos entre las personas que, sin haber profesado su estudio, sobresalian en el cultivo de las letras*”. La Real Academia premió la Memoria presentada por D. Felipe Picatoste bajo el lema “*Era nuestro porque era bueno y hermoso*” y con el título “CALDERON ANTE LA CIENCIA. Concepto de la naturaleza y de sus leyes, seducido de sus obras”.

La oportunidad que me ha otorgado la generosa invitación de la Universidad Nacional de Educación a Distancia para participar en los actos conmemorativos en honor de D. Pedro Calderón con motivo del IV Centenario (1600-2000), servirá para desempolvar el magnífico ensayo – lo editó la Imprenta de la V. É H. de D. E. Aguado, en la calle de Pontejos de Madrid - del Sr. Picatoste, de cuya mano iré en adelante.

El entusiasmo por los grandes ingenios se imponía antiguamente convirtiéndolos en verdaderos oráculos, y dando a su doctrina los caracteres de la infalibilidad. En los tiempos modernos, incompatibles con esta tiránica autoridad, la exageración del culto a los escritores ha tomado una nueva forma, convirtiéndolos en maestros de todo género de artes y de ciencias, y pretendiendo buscar en sus frases los principios y las verdades que constituyen el inmenso tesoro de los conocimientos humanos. No debe incurrirse en esta exageración. Nuestro objeto es analizar la parte de ciencia que se ocultaba en las inspiraciones del gran poeta madrileño; deducir de sus obras lo que creía acerca de la naturaleza y de sus leyes.

Calderón no fue, bajo este punto de vista, un hombre superior a su época, ni maestro de los tiempos venideros. Fue un español del siglo XVII con todos los errores de la ciencia en su tiempo y en nuestra patria; un hombre superior respecto a sus contemporáneos por su brillante ingenio, por su grandiosa imaginación, por su inagotable inventiva y por su recto juicio. Prendas todas personales que, si le hicieron descollar entre los demás poetas, no le elevaron sobre su siglo por profundos conocimientos en la ciencias humanas.

De imaginación fecundísima bullendo bajo aquella frente que, según él mismo dice, “estaba siempre preñada” - *Preñada tengo la frente / Sin llegar al parto nunca (Carta a una dama)* - no le bastó el aspecto de la tierra, ni el conjunto de los orbes, para buscar imágenes con que expresar su pensamiento; y penetró en sus secretos y en sus arcanos como penetraba, a veces, en los senos de la tierra tras de fenómenos monstruosos con que pintar la lucha de las pasiones o fondos sombríos para los cuadros que trazaba su pluma.

Y no fue solo, como ha dado en decirse, un poeta dramático dedicado llevar a la escena amores mas o menos vulgares, damas tapadas y galanes atrevidos, y a reflejar en su teatro el honor y la galantería de aquella época. En sus grandes inspiraciones aparece siempre el filósofo, el sabio, el moralista, hasta el punto de distinguirse de los poetas posteriores en que no puso sistemáticamente las lecciones de moral y las verdades filosóficas en labios de criados, graciosos y bufones, sino que las convirtió en profundas y elevadas sentencias en boca de los principales personajes. Lo mismo hizo con las observaciones sobre las ciencias y la naturaleza, buscando en ellas el móvil o el ejemplo de grandes acciones y el fundamento de las creencias religiosas y morales.

No es cierto que Calderón fuera solamente el pintor del honor y la galantería. Ningún poeta penetró como él en los profundos problemas de la religión y de la ciencia. Ninguno abordó frente a frente estas cuestiones en el teatro. Ninguno trató de presentar a los ojos del vulgo, a la muchedumbre apasionada e ignorante, la resolución de esos problemas que hoy preocupan solamente a los sabios con el nombre de “conflictos entre la religión y la ciencia”. Calderón estudió todos estos problemas tales como se enunciaban en su siglo; y los resolvió de una manera tal, que aquellos que son independientes del tiempo y tal vez insolubles para el hombre, no recibieron en otras plumas resolución más satisfactoria. Y los que varían con las circunstancias y los siglos, los que dependen de nuevos datos de la ciencia, de un nuevo estado social e intelectual, de la lucha que el hombre sostiene con la sociedad en que vive, con la ciencia que estudia y con el arte que le impresiona quedaron resueltos en cuanto cabía dentro de aquel siglo, dentro de aquella esfera que abarcaba en su conjunto la vida del siglo sXVI.

Así, los principales personajes de sus dramas no forman una multitud confusa y vulgar notable sólo por su número; al contrario, suelen ser profundas creaciones, cada una de las cuales trae consigo un problema: *Segismundo* es la gran duda de la vida moral; *Diógenes* es la independencia científica y filosófica ante el poder de *Alejandro*; *Prometeo* es la curiosidad de la ciencia que quiere penetrar en el seno de la tierra y en las esferas del cielo; *Crisanto* es la duda religiosa que comienza en el principio de las cosas, y *Cipriano* y *Anastasio* son la lucha de la ciencia cristiana contra las artes mágicas.

Tan profundos propósitos le obligaban a no reconocer límite alguno para la escena. Llevaba estos personajes por los ámbitos de la tierra y por los ámbitos del cielo; los hacía recorrer los orbes o descender de las esferas. Su escenario era el universo; sus actores, los dioses y los hombres, las pasiones y los vicios, los astros y los elementos; su tiempo, los siglos y la eternidad.

Tenia Calderón la cabeza llena de aquellas luchas entre el gentilismo y el cristianismo que no se habían podido olvidar en España a causa de la reciente persecución contra los judíos y los moriscos; y que eran propias de un siglo en que todavía el cristianismo no había adquirido esa sanción universal con que hoy le admiten todas las naciones cultas. La religión, tal como se entendía en nuestra patria, era combatida en aquel momento por el protestantismo, en el terreno de la discusión y de las armas; por el judaísmo, en el de las supersticiones y los odios populares; y por el exceso del renacimiento artístico pagano que cubría los palacios y aún los templos de obras de arte mitológicas y abrumaba la imaginación de los poetas con invocaciones a los héroes fabulosos.

Calderón luchó en sus obras con esos tres enemigos, no empleando el ergotismo de los sabios ni discutiendo sus doctrinas en las academias y universidades, sino hablando al vulgo, llevando la refutación a la plaza pública, hiriendo la imaginación popular y convirtiendo el árido silogismo de escuela en argumento dirigido al sentimiento de las muchedumbres. Sus personajes luchan brazo a brazo con la idolatría, como en *La serpiente de metal* y en *La Aurora en Copacabana*; con las ciencias aparentes, como en *El Mágico prodigioso* y en *La exaltación de la Cruz*; o con la ciencia puramente terrena en *La estatua de Prometeo*.

Pero habiendo de destruir todas estas creencias, Calderón, que tenía el profundo convencimiento más de una vez manifestado en sus obras, de que el pueblo necesita creer algo, se vio en la necesidad de sustituir estos errores con lo que a su juicio era la verdad; y de aquí proviene el constante empleo que hace de la naturaleza y de sus leyes, relacionándolas siempre con la voluntad y la sabiduría de un ser superior, conservador del universo.

Por otra parte, los dramas mitológicos en que jugaban dioses que presidían los actos y las fuerzas de la naturaleza, y los autos sacramentales en que intervenían el Creador, la Providencia y los elementos, por necesidad habían de poner a nuestro poeta en contacto con las leyes y los fenómenos del universo; del tal modo que allí es donde resplandece principalmente el concepto de la naturaleza que se formó Calderón, tal y como se intentará exponer más adelante.

Ningún otro autor dramático empleó los grandiosos cuadros de la naturaleza adaptándolos a cada escena, a cada situación, con tan maravillosa habilidad. No hubo fenómeno ni cataclismo, desde los terremotos a los eclipses, que no tuviera inmediata aplicación en sus dramas como reflejo en

la naturaleza del estado del ánimo. Su exaltada imaginación le hacía incurrir algunas veces en inverosimilitudes: *Rosaura*, caída del caballo en un escarpado y agreste monte increpa a su cumbre que hace arrugas en el cielo; *Segismundo*, atado en una cueva y ante el paisaje más rudo, baraja en sus horribles quejas la naturaleza entera, desde el pez hasta el ave; las mujeres celosas piden a los cielos rayos y truenos para vengarse; los galanes ofendidos sienten dentro del pecho terremotos, exhalaciones y tempestades; el dolor, la ira y el desengaño preguntan a la naturaleza el secreto de sus males y los comparan a los grandes fenómenos del cielo y de la tierra. Rara vez el actor está solo; le acompaña siempre la naturaleza que forma el fondo del cuadro hábilmente preparado por el autor. Por estas razones, tal vez ningún otro escritor del siglo XVII introdujo con tanta frecuencia la naturaleza en sus obras ni dio tanta importancia a su concepto, ya formando con ella parte de la escena y de la trama en las comedias, ya personificándola en los autos sacramentales.

Calderón, como todos los grandes ingenios de los siglos XVI y XVII, apenas estudió en las universidades ni perteneció a ninguno de sus claustros. Como Quevedo, como Lope, como Cervantes, debió estudiar mucho por sí solo en la lectura, en la propia observación, en el trato del mundo, en los viajes y en la preparación necesaria para escribir sus comedias, en las que hay conocimientos extensos de teología, mitología, historia, geografía, astronomía y otras ramas del saber humano que no pudo estudiar en Salamanca, donde estudió los cánones y recibió el grado de bachiller, único que tuvo en la carrera de las letras.

Algunos autores que analizando *La vida es sueño* han culpado a Calderón de ignorante en geografía porque habla de mares en Polonia; erraron. En la época a que se refiere el drama, cuando Polonia era reino y Rusia un ducado, es decir, hasta los tiempos de Segismundo III, Polonia poseía la Samoyicia sobre el Báltico y la Podolia sobre el mar Negro. Y aunque no se fije exactamente la época, es lo cierto que Polonia tuvo costas sobre ambos mares desde el siglo XIV hasta la época de Calderón. Igualmente injusta es la acusación de que colocó el Cáucaso en Sicilia. El insigne poeta usó con frecuencia una figura retórica llamando cáucos a todos los montes elevados.

Por otra parte tuvo la fortuna tanto por la época que alcanzó como por los largos años de su vida, de ser contemporáneo de casi todos los hombres eminentes que hicieron una grandiosa revolución en las ciencias, y que completaron la idea de la naturaleza y de la tierra merced a la nueva faz que tomaron estos estudios con el descubrimiento de América y con el de poderosos instrumentos para penetrar en ambos infinitos, en el de los cielos y en el de los átomos. Coincidieron sus estudios y su vida con los descubrimientos matemáticos de Neper y de Briggs (1560 -1630); con los ingeniosos estudios sobre física y astronomía de Galileo (1564 -1642); con la teoría de las grandes leyes planetarias de Kepler (1571 -1630); con las sutilezas de Gasendo

(1592 -1655); con la revolución causada en filosofía y en ciencias por Descartes (1596 – 1650), a quien tal vez encontró en el sitio de Breda militando en opuesto campo; con las observaciones de Hevelio (1611 – 1687); con el análisis de Wallis (1616 – 1703); con el sublime ingenio de Pascal (1623 – 1662), y alcanzó la publicación de algunas obras de Newton (1643 – 1725) y de Leibnitz (1646 – 1716). Desgraciadamente, aquel gran movimiento científico a que España había contribuido en el siglo anterior, apenas penetró en nuestro país ante la muralla que cada día iba levantando a mayor altura nuestro aislamiento.

No fue el autor de *La vida es Sueño* un hombre científico en el significado que hoy se da a esta palabra, y que el tiempo ha venido limitando a los conocimientos del mundo material y al conjunto de verdades demostrables y enlazadas entre sí por el vínculo de causa y efecto ó de teorema y corolario. El progreso ha ido separando y emancipando poco a poco la ciencia de la filosofía. Pero en el siglo XVII la ciencia era esclava de la filosofía, como esta lo era de la teología. Los hechos aislados, si no estaban conformes con los preceptos de la lógica, sólo se admitían como falsos y se relegaban a aquella región oscura de las causas ocultas donde no tenían explicación.

Calderón, como poeta cristiano en todos sus dramas y como escritor religioso y casi teólogo en sus autos sacramentales, dio a la palabra ciencia una acepción filosófica también, pero en que se encuentra casi siempre la idea agustiniana de considerar el estudio de la naturaleza como base, principio y camino para llegar al conocimiento de Dios. Así supone que todas las ciencias se condensan en la filosofía, y que Dios es la ciencia de las ciencias. Como resumen de estas opiniones puede leerse la disputa entre *Zacarías* y *Anastasio*, que forma la escena 3ª de la jornada 2ª de *La Exaltación de la Cruz*.

Educado Calderón en la escuela aristotélica, creía que la lógica y la dialéctica, cuyo abuso fue tan perjudicial al progreso, eran el primer paso para el conocimiento de la naturaleza, hasta el punto de que sus versos parecen alguna vez la lección de un profesor en la cátedra. Sirva de ejemplo, tal vez, algunos momentos de *La Estatua de Prometeo*. La ciencia de Calderón fue la ciencia aristotélica. Pero hay indudablemente en el genio profundo y en la riquísima imaginación de nuestro poeta algo propio, algo personal; hay juicios e imágenes que penetraban en el conocimiento de la naturaleza con mas libertad que la ciencia, y hay también opiniones particulares que no cabían en la doctrina aristotélica. Las obras didácticas expresan las verdades científicas independientemente del sentimiento y de la imaginación, reduciéndola a una serie lógica de teoremas. Pero el poeta, el hombre de ingenio y de fantasía, expresa el concepto científico de un modo personal añadiendo algo de su propia inventiva.

En cuanto a nuestro poeta, las citas que hace en sus escritos autorizan a creer que profesaba a Aristóteles el respeto que en general le tenía su siglo; y que sentía, como idealista, gran

admiración por Platón, a quien llama como el filósofo de Estagira “luz de la filosofía” (en *De una causa dos efectos*); y, como hombre ilustrado, por Séneca, que penetró en los problemas más arduos de la ciencia con una especie de maravillosa previsión, confirmada por los siglos.

Demuestra también Calderón un exacto conocimiento de la doctrina naturalista y atomística, que fue el fundamento de la mayoría de las sectas en la filosofía griega y de toda la romana, analizando sus principios mas de una vez, con irrefutable lógica, en los autos sacramentales. Respecto a la ciencia contemporánea conocía seguramente, mejor que otra alguna, la italiana, a que alude con mucha frecuencia en sus comedias. Su inteligencia despierta siempre se opuso a las persecuciones de las ideas científicas, y manifiesta en *El Mayor Encanto, Amor*, que “el sabio portento del siglo” es “docto escándalo del mundo”. En *Darlo Todo y No dar Nada* quiere que se disculpe a los sabios que se equivocan; y se pone a favor del físico italiano Juan Bautista Porta en el *Astrólogo Fingido*.

Dentro de esta ciencia y de estas ideas puede decirse, resumiendo, que Calderón demostró conocimientos muy superiores a los que se adquieren en un aula a la edad en que estudió. Conocía profundamente la doctrina aristotélica; a veces casi reproducía párrafos de Plinio o de Séneca; le eran familiares los Santos Padres y los comentaristas del Evangelio, así como la Escritura; tenía en su biblioteca obras muy recientes de historia natural, como el Laguna; y se encuentran alguna vez en sus versos huellas de la lectura de la enciclopedia llamada *Theatrum vitae humanae* de Beyerlink, libro del que se acordó especialmente, poco antes de morir, para regalársele a un amigo.

Era aficionadísimo a emplear los términos y los conocimientos científicos en todas sus obras, y hasta tenía cierta predilección por la astronomía, la geometría y la aritmética; aficiones que no se conciben sino en un escritor que conoce bastante la ciencia para apreciarla y emplearla, cuando menos, como objeto de erudición, ó en un poeta que lleva su fantasía por ese fecundo campo cuyas verdades le son familiares y agradables. Con todo, es muy difícil deducir de una obra poética el rigor de un teorema de la ciencia. Calderón no pertenece a esos escritores que, apegados a la tradición, pretender demostrar que no hay en la ciencia moderna un principio que fuera desconocido a los antiguos. El *nihil novum sub sole* es un grandísimo error ante el progreso.

Además, la interpretación de párrafos o de palabras aisladas hecha a la luz de nuestro tiempo y sometida al prejuicio del escritor, puede convertir en profetas a todos los autores antiguos. Nada hay más peligroso que querer marcar exactamente a donde llega el conocimiento de la naturaleza y comienza el vuelo de la fantasía; a donde termina la convicción científica y empieza aquella inspiración puramente imaginativa que ha llevado y llevará siempre a los grandes poetas a escribir arranques de genio o figuras retóricas que para unos críticos son frases sublimes y para otros

inmensos extravíos; y que bajo el punto de vista del rigor histórico y científico pueden ser verdaderas profecías de la ciencia profundísimas intuiciones o palabras sin sentido.

Uno de los versos más archirreproducidos en este contexto es el de *El Mágico Prodigioso*: “*Cuerpo de su fantasía / ... / Le supo formar y hacer / De los átomos del día*”. A cuantas interpretaciones ha dado lugar la frase del último verso bajo el punto de vista del estudio de la luz, en una época en que Newton la desmenuzaba estudiando su espectro en que se discutía si era un número infinito de átomos o un movimiento. Cuanto podría escribir también sobre este verso algún amante de la antigüedad de la ciencia que quisiera encontrar en el siglo XVII el conocimiento de las interferencias que forman caprichosas sombras con los átomos de luz. Sirva este ejemplo, entre otros muchos que se pudieran poner, para demostrar cuán fácil es en alas de la fantasía interpretar párrafos aislados o palabras sueltas como grandes principios científicos. Una frase no es nunca independiente del libro que la acoge; es solo un miembro que hay que poner en armonía con los demás; una cláusula gramatical que solo debe interpretarse en el sentido que quepa dentro del libro, y el libro a su vez debe de caber dentro de la época en que se escribió. A este axioma de crítica es preciso agregar un estudio especial del lenguaje en general y del estilo del autor en particular.

Ante todo es preciso tener en cuenta que la riquísima e inagotable fantasía de Calderón, empleaba con frecuencia las verdades científicas o naturales mezcladas con las concepciones poéticas, dando origen unas veces al gongorismo, otras a sutilezas y rebuscamientos y alguna vez a imágenes atrevidísimas y llenas de belleza. Así llama a una quinta “doctísima academia donde la naturaleza lee sus primores”, o a las siete colinas de Roma, “hidra de piedra”. Otras veces la exageración le hace escribir frases que llegan a la fanfarronada. Por otra parte, Calderón tuvo que acomodarse al lenguaje de su tiempo, recuerdo en muchos casos de tradiciones erróneas que aunque destruidas por la educación científica se perpetúan en el modo de hablar.

El lenguaje es lo más difícil de modificar en ciencias; no se adapta nunca a la verdad natural, sino a la impresión de los sentidos y a la costumbre. Las palabras cielo, hado, estrella, signo, destino, conjuro, horóscopo y otras de igual o análoga significación, cien veces refutadas por nuestro poeta, se encuentran, sin embargo, en todas las paginas de sus obras; no solo como recurso poético sino como costumbre, como modo de hablar del vulgo. La época exigía el uso de estas voces y de otras muchas que eran moneda corriente en todas las clases de la sociedad. Así, en *La Exaltación de la Cruz* hace decir a Siroes:

... *La Geromancia en la tierra / La Eteromancia en el viento,*
La Hidromancia en el agua, / La piromancia en el fuego.

El uso constante de estas voces podría hacer sospechar que Calderón creía en esas ciencias, cuando antes se indicó el severo juicio que merecían al inmortal poeta. Por otra parte el autor tenía que amoldarse a todo género de ideas. Así el poeta que en *La Dama Duende* y en *El Galán Fantasma* niega la existencia de apariciones de brujas, de duendes y de hechiceros, y que en *La Serpiente de Metal* admira el orden estable del mundo, en *La Cisma de Inglaterra* claudica de la racionalidad.

Era Calderón muy aficionado a usar palabras en su sentido rigurosamente etimológico. Ningún poeta ha explicado tanto en sus versos los nombres propios, los sustantivos y los adjetivos, como puede verse en casi todos los autos sacramentales y en varias comedias. Del mismo modo solía usar los términos científicos ya en los diálogos de sus personajes, ya en las grandes descripciones de la naturaleza o de los sucesos de la escena. Se conservaba todavía en el siglo XVII y principalmente entre los que se tenían por cultos, la significación simbólica que la filosofía alejandrina y sobre todo el gnosticismo, había dado a las palabras aunque modificada en algunos casos por las oscuras y misteriosas creencias de la edad media.

El círculo y la esfera tuvieron constantemente profunda interpretación, que aparece todavía en nuestro poeta casi siempre que usa las voces línea, círculo y esfera; dando al plano la ilimitada extensión de su madre, como hijo primogénito de la recta, y a la esfera el limitado espacio de su padre, como hija del círculo. De la significación oriental de círculo, como emblema de eternidad, nacía la esfera como símbolo del todo, de lo infinito, de la creación, del cosmos en su doble significado de mundo y de belleza. Calderón empleó esta palabra – esfera – no solo en tan elevada significación en astronomía sino en cada una de las aceptaciones que derivaban de la tradición y la costumbre.

Calderón, impregnado de los estudios bíblicos, tomó de los hebreos aquella concepción sintética del mundo que le abarcaba siempre en su conjunto, sin examinar nunca fenómenos aislados y sin separar el universo de su autor. La naturaleza y sus fenómenos hieren más la imaginación que el sentimiento de nuestro poeta; describe más que siente, pinta más que canta; no es la naturaleza la que impresiona a sus personajes, son ellos los que buscan en su espacio exterior, en sus bellezas o en sus horrores, la comparación y el reflejo de sus pasiones. La naturaleza es el fondo del cuadro. Cuando la naturaleza interviene como actor, sus leyes y sus hechos son simples recursos dramáticos. Pero es en los autos sacramentales, verdaderos tratados de teología y de filosofía y en las comedias religiosas, donde hay que buscar con preferencia las ideas de Calderón acerca de la naturaleza; porque en ellas entabla los problemas de la religión y de la ciencia, y presenta todos los argumentos que, en nombre de la ciencia y de la naturaleza, formaban la interminable empresa de los catequistas.

Así, las creencias de Calderón pueden resumirse: creada la naturaleza con leyes sabias e inalterables solo podía modificarlas su Creador o desfigurarlas en apariencia el demonio; aunque la influencia del espíritu de las tinieblas no llega en realidad en sus obras a cambiar una sola de las leyes naturales. Sus creencias religiosas cabían dentro de la ciencia y la naturaleza. Tenía también Calderón la inocente y primitiva idea, más propia de la ignorancia que del orgullo, de que el universo entero con su inmensidad, con su riqueza y con sus asombrosos fenómenos, había sido hecho sólo para el hombre. Creencia no solo de Calderón sino del siglo en que vivió.

Creía nuestro poeta en el caos primitivo, tratando en diversos parajes de armonizar la filosofía griega, que admitió constantemente este primer estado de la materia, con la versión exacta del Génesis; tal es el caso de *La Cena del Rey Baltasar*. Calderón creía en la existencia de la materia anterior a la ordenación del mundo. Interpreta siempre las palabras *caos* y *nada* como sinónimas, llamando *nada* el conjunto de todas las cosas en aquel primitivo estado en que no habían sido separadas y ordenadas por la voluntad divina: "*Eran nada todas juntas*".

Ya fuesen estas ideas producto de sus estudios sobre la filosofía griega o de un conocimiento exacto de la lengua hebrea y de una clara interpretación del primer capítulo del Génesis, es lo cierto que se oponían a la vulgar traducción que los latinos hicieron de esta palabra. En aquella masa informe "*sin y luz y sin sombra*" a que tantas veces alude Calderón, permanecían los elementos revueltos y confusos como en germen o en embrión. Estudiando cuanto nuestro poeta escribió sobre la luz, se descubre que no participaba de la opinión de los filósofos griegos, confundiéndola con el sol y con el fuego, sino que fue una creación, calidad ó fluido, que "*arrugó el manto de la sombra*" (dice con bellísima frase), adquiriendo después el sol en nuestro sistema la propiedad de ser luminoso, lo que sucedió en el cuarto día de la creación "*en que el sol de la luz se apoderó*".

La creación de este fluido – la luz -, rompiendo "*la pálida tez del caos*" fue, según nuestro poeta, el acto más importante en la generación de las cosas, no solo como principio de separación, sino como origen de acciones, que la ciencia moderna llamaría físicas y químicas. Consideraba a la naturaleza entera, en su conjunto y en sus variadas leyes, como efecto de un poder único, y se valió hábilmente de esta creencia para refutar el politeísmo, suponiendo imposible que los elementos y los cielos, dirigidos por varios dioses, produjesen este conjunto armonioso del universo (véase *El José de las mujeres*). Bajo la influencia de este poder único existía la variedad en la unidad, idea que Calderón desarrolla con bastante frecuencia y valiéndose de muy diversos pretextos. Variedad y unidad, fundamento de la existencia armónica del universo y vínculo necesario entre los elementos, expuesto con claridad por el *Poder* en *La Vida es Sueño*, debía seguir su orden explicado por la *Sabiduría* en la misma obra.

La importancia de los versos a los que se ha hecho referencia consiste en que vienen a completar y a ratificar las creencias de Calderón sobre el origen del mundo. Existiendo la materia en estado de confusión caótica, la omnipotencia de Dios sacó de ella la luz y los elementos, dotándoles en aquel momento de sus propiedades o poniéndolas en actividad por habérselas dado anteriormente como inherentes a su esencia. Con este acto exclusivo del *Poder* quedó creado el germen de cuanto existe; el mundo quedó hecho: sus elementos quedaron constituidos con existencia propia e individual y con cualidades opuestas, lo suficiente para su coexistencia dentro de una gran unidad. Pero esta operación interna, verificada en el seno del caos como una especie de resolución; este movimiento, tal vez atómico, vertiginoso o vibratorio, que rompió aquella masa confusa sin distinción de elementos, no era suficiente para la vida ordenada del mundo, y entonces Dios encomendó este orden, del que habían de nacer las leyes naturales y la posibilidad de la vida, a la ciencia, quedando por tanto el universo sometido a ella – la ciencia – como obra suya. Hay, pues, en la creación dos momentos, dos actos: uno del *Poder* y otro de la *Sabiduría*. El Poder distinguió los elementos, y luego entró la ciencia a disponerlos para que el mundo distinga ambas cosas y vea que el árbitro es obra exclusiva de la ciencia.

Relacionando estas ideas con las que Calderón expone especialmente en *La Estatua de Prometeo* y en los dramas místicos, resulta la opinión de San Agustín acerca de la existencia de las propiedades de la materia, como en germen en el mismo germen de la materia, desarrollándose, en virtud de un acto primitivo de la voluntad divina, con arreglo a leyes inmutables. Dentro de este génesis caben perfectamente las teorías modernas sobre las épocas primitivas y todas las transformaciones que la geología ha adivinado. Concebía siempre en conjunto la naturaleza, de tal manera que rara vez empleaba esta palabra, lo mismo que las de ciencia y estudio, sino pasando de los espacios celestes a la tierra.

En los autores sacramentales, que es donde con más frecuencia emplea Calderón la palabra naturaleza, deja conocer claramente que en su concepto comprendía el conjunto de la creación con sus leyes, propiedades, virtudes y secretos; si bien indica algunas veces que las leyes naturales son producto de la armonía universal, y otras que esta es consecuencia de la sabiduría de aquellas. A pesar de la grandiosa síntesis en que nuestro poeta encierra siempre la creación, excluye de la naturaleza inanimada y animada al hombre, al que considera una obra muy superior al resto de todo lo creado. No hay comedia de Calderón en que no se presente al hombre con este nobilísimo carácter formando una aristocracia única.

Creía seguramente Calderón con su siglo que el hombre era el microcosmo, en el que se reflejaba el mundo mayor. Emplea tantas veces esta idea que apenas hay comedia en que no la repita. La suposición de que el hombre es un mundo pequeño era antigua, y llegó a su colmo a principios del siglo XVI, en que los filósofos y naturalistas incurrieron en las mayores sutilezas para encontrar

semejanzas entre el hombre y el universo. Tenía el hombre cuatro humores como la naturaleza; cuatro combinaciones principales de estos humores que formaban las complejiones; cuatro elementos que se correspondían con los cuatro de Aristóteles; continentes, mares y ríos formados por la sangre y los humores; nubes y lluvias que eran las emanaciones del estómago y del corazón que subían al cerebro y caían en lágrimas y destilaciones; relámpagos que eran en realidad ciertos fenómenos eléctricos; cometas o exhalaciones del hígado que formaban las erisipelas; toda clase de elementos minerales y vegetales; y hubo quien encontró hasta un reflejo del sistema astronómico haciendo del corazón el sol, frase que invertida usa nuestro poeta con gran elegancia y mucha frecuencia: *Dese corazón del cielo / Monarca de los planetas*.

Siempre que habla Calderón de los movimientos celestes o de nuestro sistema planetario, supone que el sol se mueve alrededor de la tierra, según el sistema de Ptolomeo (véase *El hijo del sol*). A pesar de sus citas tan terminantes, hay seguridad de que Calderón conocía el sistema copernicano; y es lo más probable que se expresara en aquellos términos para seguir la costumbre, sometiéndose al imperio de los sentidos. Nuestro poeta debió conocer en Salamanca el sistema copernicano, porque los Estatutos de 1594 por que se regía aquella célebre Universidad en la época en que estuvo matriculado Calderón, disponían terminantemente que se enseñase el nuevo sistema: "*léase á Nicolás Copérnico*".

El sistema copernicano, lo mismo que la doctrina de Galileo, no habían encontrado en España la resistencia que en otros países; la ciencia lo admitió desde luego como una hipótesis ventajosa en ciertos casos, y la teología no lo rechazó. Además, en la época precisamente en que nuestro poeta cursaba sus estudios en aquella Universidad, las tablas que se usaban en España estaban calculadas por el sistema de Ptolomeo para los cuatro planetas inferiores, y por el de Copérnico para los tres superiores; porque habiendo terminado las efemérides calculadas en el año 1606, se emplearon desde el siguiente las de Suarez Argüello, que era copernicano (*Efemérides generales de los movimientos de los cielos por doce años, desde el de 1607 hasta el de 1618, según el Sermo. Rey D. Alfonso en los cuatro planetas inferiores, y Nicolás Copérnico en las tres superiores, que más conforma con la verdad y observaciones al meridiano de la villa de Madrid, que tiene de latitud 40°26'*, por Francico Suarez Arguello. Madrid, 1608).

Respecto a los demás grandes descubrimientos que crearon las ciencias modernas y que penetraron íntimamente dentro de la naturaleza, dándonos el magnífico espectáculo que ofreció Europa a últimos del siglo XVII, preciso es confesar que apenas penetraron en España que venía retrayéndose del comercio científico con los demás pueblos, y cuyas guerras, limitadas ya a las propia defensa y a combatir rebeliones, tomaron un carácter feroz y destructor, que sólo servía para espantar la ciencia y turbar el pacífico estudio de los sabios. El mismo Calderón se propuso,

tal vez, en el profundo drama alegórico *La estatua de Prometeo* pintar cómo *Palas* y la *Discordia* turbaban e imposibilitaban los tranquilos estudios del hombre.

Admitía desde luego Calderón los cuatro elementos aristotélicos, hasta el punto de citarlos en cada página, personificarlos en los autos y llamar al mundo "*Monstruo de elementos cuatro*". En otro lugar se indicó lo que Calderón creía de su existencia y cualidades en general y del orden que ocupaban en la naturaleza. Respecto de las propiedades de cada uno, nuestro poeta tenía las mismas equivocadas ideas que todos los físicos de aquella época en España y fuera de ella.

El aire era ya conocido físicamente en casi todas sus propiedades en tiempo de Calderón; sin embargo, seguía siendo errónea la explicación de los fenómenos y propiedades de este fluido. Lo que hoy se sabe consecuencia y efecto de la presión atmosférica se explicaba por el horror de la naturaleza al vacío, y los filósofos discutían interminablemente para coordinar la demostrada gravedad del aire y su tradicional ligereza respecto de todos los cuerpos conocidos hasta entonces. Por su parte Calderón alude a la virtud elástica del aire, responsable de la transmisión del sonido, en sus autos sacramentales, específicamente en cuanto instrumento de transmisión de las palabras con que Jesucristo enseñó el misterio de la Eucaristía.

El agua, que era otro de los elementos, se consideraba como cuerpo simple; pero también como disolvente universal. Podía engendrarse del aire y su divisibilidad la hacía descender al fondo de las cosas desalojando al aire que tenía menos gravedad, y cedía su lugar a los cuerpos sólidos y se elevaba sobre ellos por ser menos grave. Era el elemento húmedo y frío, en lucha siempre con el cálido y seco elemento negativo, pero de absoluta necesidad, como el mismo poeta indica varias veces, para templar la sequedad del aire, con el cual tenía gran afinidad, penetrando en él en estado de vapor, que no era más que agua rarefacta. Calderón la llama con frecuencia esfera húmeda, centro frío, elemento cristalino; y alude también más de una vez a su propiedad de engendrar las piedras, conviniendo en esta creencia con nuestros naturalistas, que citaban a tal propósito no sólo las observaciones de la alquimia sobre el polvo terreo que dejaba el agua pura evaporada, sino la formación de las estalactitas y el aumento de tamaño de las piedras en algunos ríos.

En cuanto a los otros elementos, fuego y tierra, fue también necesario esperar un siglo a que Scheele demostrara que no eran cuerpos simples. Ocupaban estos dos elementos los dos extremos de la naturaleza terráquea u orbe de la tierra, hallándose el fuego, a causa de su liviandad, en la región superior. Por su parte, la ley general y tal vez única, en las relaciones de posición de los elementos era la gravedad, que daba su lugar a cada uno, comenzando por la tierra, por ser el más pesado, y siguiendo las regiones del agua, del aire y del fuego. Todos los grandes trastornos, los más terribles cataclismos y los más asombrosos fenómenos de la

naturaleza reconocían por causa la confusión violenta de estos elementos, penetrándose unos a otros. Calderón lo indica muchísimas veces llamando motines, rebeliones y confusiones de los elementos a los rayos, terremotos erupciones volcánicas, exhalaciones, etc. Elementos que, cada uno, tenía un lugar determinado por las fuerzas naturales y por los movimientos y propiedades de cada cuerpo. Calderón lo expone con sencillez didáctica en *Las Tres Justicias en Una*.

Por su parte, la meteorología juega un importantísimo papel en los dramas de Calderón; no solo por su costumbre de acomodar el cuadro de la naturaleza a la situación de los personajes, sino porque con frecuencia emplea los elementos y los fenómenos naturales como actores de sus comedias o de sus autos. Desconocida a la ciencia de su tiempo la electricidad, el rayo era solamente un meteoro ígneo, que buscaba con preferencia los cuerpos sólidos y elevados. Miles de veces cita Calderón estas propiedades del rayo, por ejemplo en *Firmeza contra Firmeza* y en *Hombre Pobre Todo es Trazas*.

No es tan fácil asegurar lo que Calderón creía acerca de los cometas. La única vez que hubiera debido analizar su naturaleza sale del paso, negando que una luz de la atmósfera fuese cometa porque “asustaba poco”; en otros casos supone que existen en el aire, es decir en la atmósfera, según la doctrina aristotélica y los llama poéticamente “pájaros de fuego”; y en otros lugares los compara a los planetas, suponiéndolos desasidos de un orbe (en *La Vida es sueño* y en *La puente de Mantible*). Calderón nunca usa la palabra desasido sino aplicándola a los planetas o a las estrellas a quienes se suponía adheridos a su orbe respectivo, y por lo tanto puede dar motivo a creer que Calderón conocía la verdadera naturaleza de estos astros. La naturaleza de los cometas era una cuestión difícil en tiempo de nuestro poeta. Tyco Brahe había demostrado ya que atravesaban un espacio ulterior al orbe de la luna, opinión manifestada como conjetura por nuestro Séneca mucho tiempo antes. Sin embargo, había causado tal extrañeza el descubrimiento de Tyco Brahe que los mismos astrónomos dudaban, a pesar de la evidencia, que “un puro hombre” pudiera tener razón contra Aristóteles. No era de escasa importancia esta cuestión; era tal vez la más grave de toda la astronomía en la época en que Calderón escribió *La vida es sueño*; pues en los últimos años de su vida ya la ciencia había resuelto definitivamente que los cometas no eran meteoros. No puede asegurarse lo que Calderón creería de los cometas, si bien parece los más probable que los considerase como meteoros.

En cuanto a los demás fenómenos meteorológicos creía casi lo mismo que hoy se cree, exceptuando los que tienen por causa el fluido eléctrico, que desconocido entonces en sus efectos y aplicaciones no se consideraba como la causa de los meteoros. Así creía que el granizo era efecto del frío, por ejemplo en *¿Quién hallará mujer fuerte?*. La formación de las nubes por los vapores acuosos, elevados desde la tierra y la condensación de estos vapores que producía la lluvia, se explicaban casi lo mismo que hoy, si bien se sostenían algunos errores respecto a la

causa que transformaba la tranquila lluvia en tempestad, y se daba a las nubes cierto poder atractivo sobre las aguas en virtud de la ley de simpatía. “Hidrópica sin duda alguna nube” dice en *Los Tres Mayores Prodigios*.

La historia natural que dominaba en España en el siglo XVII tenía por autoridades a Aristóteles y a Plinio, con todos sus errores y preocupaciones. La ciencia natural admitía como un principio la transmutación de unas especies en otras y de unos cuerpos en otros. Esta transformación tenía lugar por ley natural en unos casos y por virtud especial en otros, de donde nacían aquellas infinitas propiedades maravillosas de aguas y piedras a que Calderón alude tantas veces; en *El Galán Fantasma* o *La Dama Duende*, por ejemplo.

En todas estas transmutaciones influía principalmente el sol, además de las virtudes particulares de los cuerpos. Calderón alude muchísimas veces a esta virtud atribuida al astro del día, ya presentándole como causa de generación, ya admitiendo las modificaciones que producía en piedras y plantas: *El Veneno y la Triaca*, *El Castillo de Lindabrilis*, *Los Tres Mayores Prodigios* o *Antes que todo es mi Dama*. Esta doctrina de la transmutación se armonizaba perfectamente con el dogma de la filosofía natural que admitía la tendencia constante de la naturaleza a la perfección; trabajo incansable en el inmenso laboratorio del mundo. El panteísmo a que tendían estas doctrinas quedaba destruido por las operaciones secretas de la naturaleza, por las cualidades ocultas y por las virtudes particulares que daban individualidad a cada ser y a cada objeto.

No existía en tiempo de nuestro poeta la química, ciencia de ayer, que se consolidó como la ciencia de mañana; todos los hechos, que hoy caen bajo su imperio, se explican por las cualidades ocultas o por las combinaciones de los temperamentos cálido y seco ó húmedo y frío, en que estaban fundadas la medicina y las ciencias naturales. Calderón emplea muchas veces estas cualidades, ya para la explicación de fenómenos cósmicos, como hizo Aristóteles, ya para comparar los afectos humanos: *El Veneno y la triaca*, *Agradecer y no amar*, *Peor está que estaba*, por ejemplo. Estas cualidades ocultas o virtudes, obraban unas veces por inexplicable simpatía en virtud de la ley general de la naturaleza *similis similem quaerit*, o se rechazaban y aniquilaban mutuamente por la antiperistasis. De la combinación resultaban cuerpos inocentes o neutros, si las virtudes opuestas se destruían perfectamente en calidad y cantidad, o cuerpos que gozaban las propiedades del elemento predominante (por ejemplo en *Las tres justicias en una* o *A secreto agravio secreta venganza*).

Tales principios, equivocados con frecuencia como hechos químicos o convertidos en leyes generales siendo un fenómeno particular, no bastaban, como es fácil conocer, para explicar las acciones mutuas de los cuerpos, por cuya razón se admitía además una serie de influencias

extrañas, estados y momentos que podían variar las propiedades de la materia. La dureza del diamante, la liviandad del aire, la oxidación del oro – limpio como el oro – y otros muchos son todavía recuerdo de la ciencia antigua, así como los nombres de los metales comparados con los astros y las jerarquías de los seres de la naturaleza adaptadas al mundo político y moral. Así Calderón llama al diamante rey de las piedras en *Los tres mayores prodigios*.

La luz y el calor no eran solo los fluidos más conocidos sino los más importantes, aunque debe advertirse que esta importancia no provenía como en la ciencia moderna de sus propiedades intrínsecas, sino de considerarlos como emanaciones del sol, en el cual residían como en inagotable manantial, en su origen y causa. Ya se ha dicho que Calderón dio gran importancia a la luz; y en cuanto al calórico, baste recordar que la existencia y generación de los seres, así como sus principales propiedades, se explicaban entonces por su naturaleza cálida o fría. Por su parte, ningún poeta, tal vez, ha empleado la palabra imán, y recurrido al magnetismo en sus versos tantas veces como Calderón; por ejemplo, en *El sitio de Breda*. En cuanto a los fenómenos eléctricos eran conocidos algunos como hechos; pero se referían al magnetismo como dinámicos y al fuego como luminosos o caloríficos.

En cuanto a la clasificación zoológica no estaba hecha todavía con una base científica; se estudiaban aisladas o individualmente las costumbres de los animales, dando entrada a la fábula y a la tradición. Sin embargo, la clasificación general abarcaba aves que volaban, peces que vivían en el agua, brutos o animales terrestres, anfibios o animales que participaban de ave y pez ó bruto y pez, fieras, serpientes e insectos. Por lo demás, había una serie de nombres particulares, no siempre exactamente aplicados, como los de testados o testáceos, crustáceos, peces alados, zoófitos, ambiguos o animales plantas, sapos, etc. , aplicándose estas palabras no por el estudio anatómico sino por la cualidad dominante en el animal. Además, se clasificaban los animales en fabulosos, jeroglíficos, monstruosos, religiosos, perfectos, imperfectos, mixtos, etc., encontrado en ellos asomos de virtud, política, ciencias y artes liberales.

Calderón hace uso constante como poeta de todos aquellos animales fabulosos, admitiendo no solo los errores confirmados por la autoridad de los naturalistas y filósofos, sino también las creencias populares, tanto mas poéticas cuanto menos exactas. Aceptaba la creencia vulgar de que la salamandra se alimenta de fuego, así como el camaleón del aire y los alacranes de la tierra. Del mismo modo cita nuestro poeta el camaleón que, según unos se alimentaba del aire y según otros vivía de su propio aliento; valiéndose de esta imagen para pintar los horrores del sitio de Breda, o del terrible veneno del basilisco que mataba solo con la vista: *la muerte da un basilisco / de solo una vez que se vea*, escribe en *No hay cosa como callar*.

Las costumbres del fabuloso unicornio en *El mayor monstruo los celos*; las leyendas de la sirena y el cocodrilo en *La casa de Baltasar*, o la creencia de que el delfín era el rey de los peces en *El príncipe constante*, son otros tantos ejemplos del bestiario calderoniano. Sería muy difícil distinguir lo que Calderón creía respecto de estas preocupaciones, analizándolas una por una, y separar el recurso poético y la obra de la fantasía del exacto conocimiento de la verdad. Pero Calderón se formó en los Autos Sacramentales una idea bastante perfecta de la naturaleza y definió los animales irracionales dentro de su esfera, negándoles esas propiedades maravillosas que la fábula les concedió o la imaginación popular les atribuía.

La cuestión de si respiraban o no los peces era muy debatida en aquella época, admitiéndose la opinión general de que los peces mayores, como la ballena y el delfín respiraban por pulmones y los menores tenían una conformación especial para respirar el agua, entendiéndose por respiración “la atracción de un elemento proporcionado para confortar y defender el corazón del exceso de las cualidades contrarias”. Lo que Calderón entiende es que los peces no respiran aire como los animales terrestres. “Tan mudo que aún no respira” añade Calderón, ateniéndose a la creencia de su tiempo, verdadera en el fondo pero absurda en su explicación, de que la voz o el grito animal necesitaba de la respiración, y la respiración del aire sin cuyas condiciones no podía existir.

La tradición comenzada con el biógrafo de Calderón, Vera-Tasis, dice que el gran poeta lloró tres veces en el vientre de su madre, a cuyo portento se debió que su abuelo D. Diego de Henao, fundase en su propia casa de la calle de San José el Convento de Trinitarios Descalzos. En el siglo XVII, y en los dos anteriores, era una gran señal de virtud esta precocidad, y la superstición hacía creer en ella a las madres, bajo cuya fe se admitía el hecho.

La ictiología era en tiempo de Calderón la rama más atrasada de la historia natural. Tal vez no haya obra de ictiología que repita tantas veces la palabra pez como las comedias de Calderón. No hay propiedad, virtud o costumbre de los peces que nuestro poeta no citase alguna vez, demostrando que conocía cuanto sobre este punto se había escrito. Admite su generación espontánea, como los peripatéticos; los llama animales mudos, como Aristóteles, y reptiles, como el Génesis; y atribuye a su naturaleza todas las cualidades propias del elemento frío en que vivían como la filosofía natural de su tiempo.

El estudio de las comedias de Calderón, bajo el punto de vista de las ciencias naturales o de la filosofía natural, que abrazaba en aquellos tiempos la física, la química, la mineralogía, la zoología, la botánica y una buena parte de la astronomía y la medicina, daría motivo seguramente a una obra voluminosa. Mas, en el análisis expuesto queda posiblemente esbozado que el poeta madrileño poseía conocimientos extensos de estas ciencias en el estado que alcanzaron en su

época; que se inclinaba siempre a la opinión más científica, aunque hablara al vulgo en su lenguaje, y que tenía ideas propias y nada arbitrarias en muchos de los problemas que entonces discutían los filósofos.

Calderón, se dijo en las líneas iniciales y se repite ya concluyendo, no fue verdaderamente un hombre de ciencia, ni un maestro de los hombres y de las generaciones venideras en este género de conocimientos. Ni siquiera la aridez de la especulación científica era propia de su carácter y de su genio. Sería un absurdo estudiar sus obras para deducir de ellas un cuerpo de doctrina científico como se hace con Moisés para la ciencia hebrea, con Homero para la antigua ciencia griega y con Lucrecio para la ciencia romana; pero si es útil para dar a conocer al hombre cuya vida y cuyos estudios fueron casi ignorados hasta las fiestas de su segundo centenario, hace ahora un siglo. Los estudios análogos que se han hecho sobre el Dante y sobre otros poetas, considerados como resumen de una época, no tienen superioridad respecto de los que pueden hacerse sobre el autor de *La Vida es sueño* cuya misión en la sociedad, en la filosofía, en la ciencia y en el arte, no es menos importante que la que tuvieron esos otros genios, a quienes se asemeja como se asemejan todos los astros.

Por otra parte, si se exceptúa a Quevedo, que era hombre profundo en letras y ciencias humanas, puede asegurarse que Calderón fue el más sabio, el más filósofo, el más pensador, de aquella corte de poetas, que levantó nuestro teatro a una altura sin rival en ninguna otra época, y que resume el pensamiento científico de su siglo como resume las costumbres y las creencias.

Exacto siempre en la expresión de su pensamiento, aun envuelto alguna vez en la hojarasca del culteranismo; meticoloso en la exposición de la verdad científica en cuanto se rozaba con la religión; dedicado, como hombre de fe, a comprobar el cristianismo con la observación de la naturaleza y con las ciencias, así como con las torpezas de las fábulas mitológicas; atesorando ideas propias en puntos filosóficos y científicos a la vez, sobre el origen y existencia del mundo y del hombre; acomodando siempre el cuadro de la naturaleza a la escena de sus dramas; proponiéndose los más difíciles problemas humanos para resolverlos en la plaza pública y ante la muchedumbre, Calderón fue un genio en el arte dramático, un poeta espontáneo, observador y filósofo, un hombre tolerante en materia de opiniones científicas aunque fuesen erróneas, como todo el que se ha dedicado al estudio; un escritor de gran ilustración que no desdice colocado en el cuadro de los hombres que con su poderoso ingenio y su laboriosidad cambiaron la faz de las ciencias en el siglo XVII.

Con estos elementos consideró la naturaleza de un modo algo distinto que los demás poetas que la han cantado antes o después. El mundo en su aspecto físico es siempre el mismo: el cielo con sus astros, con su luz y con sus grandiosos fenómenos, el campo con sus flores, el bosque con

sus sombras, las aguas con su murmullo, son hoy lo mismo que hace cuarenta siglos. Moisés, Job y David dijeron la última palabra como poetas que cantan y como hombres que sienten.

Mas Calderón no concibió solo como poeta la naturaleza. Muy al contrario, rara vez la siente. Pero la convirtió en actor como dramático, en objeto de estudio como filósofo, en argumento como cristiano, en recurso fecundísimo como artista. Pocos poetas la han ya manejado más libremente a su capricho; porque jugaba con los rayos como Júpiter, con los vientos como Eolo y con las tempestades como Neptuno. Pero con qué profunda sabiduría. Con qué habilísima prudencia. En la grandiosa armonía que supo dar a sus creaciones es imposible separar aisladamente uno de los elementos de su fecunda trama. La naturaleza, la ciencia y la fe, o el universo, la sabiduría y la religión, constituyen en sus obras una trinidad indisoluble, de que resulta siempre un orden moral desenvuelto con poderosísima lógica.

Se ha dicho que cada problema encierra una ciencia; y puede decirse que cada comedia de Calderón encierra un problema. Sus dramas recuerdan al ánimo aquellos caballeros encubiertos de nuestros torneos, que llevaban un mote en que iba oculto un misterio de la vida que el pueblo interpretaba a su manera, y cuyo secreto solo sabia el aventurero lidiador. El pensamiento se salía a veces de los límites de la escena porque el problema que encerraba se salía también de los límites de la comprensión del vulgo. Así el siglo pasado, juzgando el arte con las reglas didácticas de las tres unidades, no comprendió a nuestro poeta porque no cabía en ese mísero bastidor, y nos ofreció el espectáculo de excomulgarle porque no se ajustaba a la retórica de Boyleau.

Calderón creía profundamente que sobre la naturaleza estaba la ciencia, y sobre la ciencia el amor y el poder; este engendrando la vida y aquel armonizando sus leyes. Y con tan lógica fuerza expone siempre esta creencia que es imposible negarle una sola afirmación sin negarle todo su sistema. Las leyes naturales son a un tiempo hijas del poder que las crea, del amor que las relaciona, de la ciencia que las hace útiles y de la naturaleza que las da abrigo en su seno. Por eso en sus dramas, y sobre todo en sus autos sacramentales, aparecen siempre personificados Poder, Amor, Ciencia y Naturaleza, con estos u otros nombres. Y expuesto este sistema parcialmente en tantas obras, le resume en la más fundamental, en la que preocupó casi siempre su pensamiento, en la que tuvo fija tal vez su atención por espacio de treinta y ocho años, en *La Vida es sueño*, concebida como duda de imaginación juvenil en 1635, y completada como sistema de creencias y como producto de la convicción en 1673. La lucha de los cuatro elementos establece allí el orden moral y material del universo, subordinándole a la ciencia como conjunto de leyes y fenómenos, al amor como hermosura y utilidad, al poder como creación.

Si en este sentido llamáramos a Calderón poeta científico y naturalista no se pecaría de exagerados; porque no tiene un solo drama importante en que no juegue por algo la naturaleza y la ciencia. Exceptuando aquellos que podríamos llamar del momento, escritos para conmemorar un suceso o salir de un compromiso, no hay ninguno en que no presente, un sabio en contacto con la naturaleza o la ciencia, en lucha con algún problema, que muchas veces penetra en el orden social. *Basilio* y *Segismundo* se completan, demostrando el primero la vanidad de las ciencias aprendidas en doctos libros, y el segundo la ineficacia del estudio en contacto solo de la naturaleza y fuera de la sociedad; *Alejandro*, *Diógenes* y *Apeles* forman un grupo admirable del poder, la sabiduría y el arte en que cada uno demuestra la deficiencia de los demás: el emperador queda humillado ante el sabio que le propone hacer una flor natural; el filósofo demuestra la vanidad de su ciencia abstracta; y el artista reproduciendo solamente figuras humanas, hace ver cuán lejos está el arte de llenar su misión mientras copie solo formas materiales, sin la idea profunda que debe fermentar en toda creación artística.

Un estudio de este género sobre los principales dramas de Calderón demostraría que en su mente existía una admirable unidad, un sistema perfectamente lógico en que la naturaleza y la ciencia están unidas por vínculos eternos a la religión para constituir un orden moral. Este es siempre el pensamiento capital de nuestro poeta, del cual resulta una importancia filosófica para la naturaleza y la ciencia, que no reconoció tal vez ningún otro escritor desde Séneca.